

Arturo Farinelli ⁽¹⁾

Las conferencias del profesor Farinelli inician en la Facultad de filosofía y letras la conmemoración del centenario del romanticismo. Dentro de poco, también los profesores de la casa lo estudiarán en sus diversos aspectos; además de las formas literarias, serán consideradas las artísticas, políticas, sociales y filosóficas, y todo ello con especial referencia a la Argentina. Es sabido que lo más vital de nuestra cultura procede, quizá, del movimiento romántico, tal como lo sintieron los hombres de la generación de Echeverría.

Todos ellos tomaron del romanticismo, directa o indirectamente, el sentido histórico y estético, así como los argumentos de la crítica dirigida al ideario iluminista de la generación anterior. De tal modo se explica que la esencia ética de nuestra Constitución, halle su raíz en las ideas filosóficas del intelectualismo del siglo XVIII, vivamente atenuadas por el historicismo de procedencia romántica. Más tarde las tendencias historicistas se complicaron con el positivismo, tal como ocurre, por ejemplo, en Groussac y en algunos representantes de la generación del 80, por lo menos en

(1) Semblanza del ilustre polígrafo, leída por el decano de la Facultad, señor Alberini, al iniciarse el ciclo de conferencias que acerca del romanticismo desarrolló últimamente el profesor Farinelli. El acto inaugural de este ciclo, realizóse el día 20 del pasado mes de mayo, con asistencia del ministro de Instrucción pública, señor Sagarna, y del rector de la Universidad, señor Rojas.

uno de los más distinguidos, Juan Agustín García, ilustre ex profesor de esta casa.

A pesar de sus quimeras, el romanticismo no sólo exacerbó el sentido del ensueño, sino también el de la realidad en sus formas profundas, máxime en las creaciones del mundo humano, pues, no obstante tal o cual desvarío, el romanticismo intentó revelar la naturaleza auténtica por debajo del esquema mecánico matemático, y exaltó el carácter creador de los procesos históricos.

No ponemos demasiada fe en las proezas académicas del espíritu conmemorativo; pero cuando estos actos se cumplen merced a la palabra de un gran maestro como Farinelli, cabe presumir que alguna utilidad pueden tener, pues creemos que la actuación de este profesor entre nosotros contribuirá a aguzar los procedimientos de indagación del pasado espiritual argentino.

A todos sorprende la extraordinaria erudición de Farinelli, toda de primera mano. No hay literatura moderna que él no domine con impresionante maestría. Tan firme es su saber y el valor de sus descubrimientos que a menudo merece el elogio concienzudo de los más grandes críticos y filólogos de todos los países cultos.

Sin embargo, no vaya a creerse que Farinelli tiene una mentalidad libresca ni que dedica su vida a primar en la gesta de la ficha infalible. Tampoco le place el abuso del esquema doctrinario, precisamente porque él, historiador del romanticismo, tiene temperamento intelectual romántico. Ello significa que las inclinaciones más hondas de su espíritu se han formado bajo el influjo de las filosofías antiintelectualistas, y de más está decir que la metafísica del romanticismo es de índole intuicionista. Sólo que esta intuición, Farinelli la vive con toda conciencia, aunque por lo general rara vez la medita fríamente. De ahí que su inmenso saber se halle libre de sequedad bibliotecaria, puesto que los libros constituyen el combustible que él arroja en la llama de su intuición. Toda su obra es poesía sobre poesía, pero sin mengua del rigor en la revelación erudita. Así se explica su amor a las grandes figuras del romanticismo, sobre todo del germánico, que él ha estudiado luminosamente, creando una escuela abundante en distinguidísimos

discípulos, tales como Alfero, Gina Marteggiani, Castiglioni, Allason, Gabetti, Amoreti, Borgese, etc. Todos ellos, de acuerdo con el método del maestro, han escrito magníficas monografías sobre autores como Novalis, Chamisso, Nietzsche, Carolina Schlegel, Hölderlin, etc. En cuanto al maestro, inútil fuera mencionar la larga lista de sus obras, que pasan de cuarenta. Pero tanto Farinelli como sus discípulos sólo se valen de la erudición literaria para lograr una intuición de la vida. Por eso toda la obra de Farinelli constituye una especie de reviviscencia intuitiva y lírica de la historia literaria, la cual es penetrada, no ya a golpe de doctrina, al modo de Taine, sino a fuerza de sabia emotividad. Su elocuente *Weltanschauung* de humanista romántico dominado por constante tensión lírica está hecha de pesimismo heroico y de dolor vidente. Sobre la objetividad de su vasta y múltiple erudición, Farinelli escribe la autobiografía de su alma, logrando así una visión del mundo y de la vida que, no obstante su origen subjetivo y su tumulto lírico, tiene esencia universal. Esta metafísica pesimista — que lo es porque afirma la caducidad de todas las cosas —, también es optimista, pues de cuando en cuando surge en Farinelli una especie de exaltación jocunda llena de espíritu panteísta, provocada por el sentimiento de lo divino concebido al modo romántico, es decir, como creación continua del ser, algo así como un espinosismo inmune de rigidez matemática. Sin embargo, este posible panteísmo no excluye el valor del individuo humano, pues Farinelli profesa un hondo culto por la espontaneidad inagotable de la evolución cósmica y de la personalidad espiritual.

Precisamente hallamos aquí uno de los rasgos que más singularizan la mentalidad de este millonario de la erudición, ya que en el fondo de su obra alienta con vigor perenne una actitud filosófica que le da unidad y es su motor íntimo. Se trata de una metafísica vivida, antes que elaborada doctrinariamente. Por eso ha estudiado el romanticismo por medio de criterios estéticos de la más pura prosapia romántica. Hay que alabarlo por ello, pues sospechamos que lo más sólido que se ha escrito en materia de estética

procede, directa o indirectamente, del romanticismo. Sin él resultaría inexplicable la obra de un De Sanctis o de un Croce. Parecerá superfluo recordar que Hegel, de tanto influjo en el pensamiento contemporáneo, intentó superar el romanticismo romantizando la razón merced al principio heraclíteo del devenir. Y quién sabe si en las escuelas estéticas más revolucionarias de nuestra época no sería posible descubrir resabios de la estética romántica.

Farinelli siente una profunda simpatía por el movimiento romántico, máxime por el germánico, que es el inicial. Toda la obra de este maestro, por lo menos la de forma más plena, está expuesta en un lenguaje infatigablemente lírico, de gran belleza, aunque, no está demás decirlo, a veces el lirismo se enturbia un tanto por exceso de efervescencia. Sin estas cualidades no sería Farinelli el gran historiador del romanticismo germánico. Sin embargo, conviene no exagerar el germanismo de Farinelli, pues él solo exalta la cultura germánica cuando en ella alienta un alto espíritu de universalidad. Profesa un amplio latinismo, pero su latinidad se halla despojada de las formas caducas del clásico espíritu de abstracción. Se diría que elabora su latinismo con las esencias más puras de la intuición romántica, que en sus formas más definidas es sin duda de progenie germánica. Semejante concepción bien se evidencia en su célebre discurso sobre *La humanidad de Herder y la idea de raza en la historia del espíritu*. Este trabajo contiene la substancia filosófica de toda la obra de Farinelli, y es también una hermosa prueba de lo que puede el valor cívico en un hombre que jamás ha buscado las sonoras sensualidades de la acción pública, lo que no le impide, en momentos difíciles para su patria, pronunciar *franche parole alla mia nazione*.

Vese, pues, cuán excelentes motivos ha tenido la Facultad de filosofía y letras para patrocinar por medio del Instituto argentino de cultura itálica las conferencias de Farinelli.

Creo innecesario encarecer una vez más la obra de este Instituto. Es sabido cuánto vale la obra que él realiza en la difusión del pensamiento italiano en nuestro país. Conviene a la cultura argentina que este pensamiento, ahora uno de los primeros del mundo,

logre aquí el influjo que merece, todo ello, claro está, sin mengua del sentido crítico argentino.

Mucho es ya lo que ha hecho el mencionado Instituto, y tanto más encomiable resulta su obra si se considera lo precario de sus medios, no obstante el apoyo de la Universidad. Pero abrigamos la esperanza de que pronto el Instituto toargentino de cultura itálica alcanzará gran relieve, merced a la ayuda que no dejarán de otorgarle los cultos y acaudalados miembros de la colectividad italiana del país. Cumplirán así una noble obligación patriótica. Su generoso concurso servirá para que a la incomparable eficiencia del trabajo italiano en la Argentina se agregue la del luminoso espíritu de Italia en sus manifestaciones más elevadas. Egregio representante de este espíritu es ahora el profesor Farinelli, a quien me complazco en ofrecerle esta cátedra, no sin antes presentarle el homenaje de la Facultad de filosofía y letras.

CORIOLANO ALBERINI.